

-Esteban... Esteban...

Esteban trató de abrir los ojos lentamente, pero un brillo inusual le lastima la vista.

- ¡Oh! lo siento. Atenuar ventanas - Dijo al abuelo dirigiéndose a nadie en particular.

La luz que cegaba al joven, poco a poco comenzó a disminuir hasta volverse tolerable. Ahora Esteban podía ver los vidrios de sus ventanas opacándose hasta un punto en que la luz se volvió agradable para sus ojos.

-¿Qué pasa abuelo?- Dijo Esteban mientras se cubre la cabeza con la almohada

-Vamos, levántate! Hoy es el gran día y tienes que desayunar adecuadamente.-

El abuelo salió apresuradamente de la habitación. Esteban retiró la almohada de la cabeza y contempló fijamente el techo de su habitación

donde una representación de las constelaciones se mueven muy lentamente conforme la rotación de la tierra.

La razón por la que se consideraba un gran día, es que justamente era el día en que el joven debería elegir el "Hive" al que pertenecería de ahora en adelante, "Es como La universidad" solía decir el abuelo, aunque hace varios años que nadie le llamaba así.

"¿Elon, qué hora es?" Dijo Esteban colocándose sus lentes de realidad aumentada. Los lentes tenían micas oscuras que se fueron aclarando mientras el chico se los acercaba al rostro. "Son las 8:30, Esteban" "Según el informe del tráfico deberíamos estar saliendo ya" Esteban ignoró a la inteligencia artificial y siguió unos segundos más recostado en su capa observando a ningún lado en particular. En ese momento se le vino a la mente el día justo en el que adquirió a Elon, sus lentes de realidad aumentada con una Inteligencia Artificial integrada. Decidió llamarlo Elon en honor al hombre que para Esteban, había cambiado el rumbo de la historia: El gran Elon Musk.

Es verdad que aquellos lentes no eran nada baratos y que muy poca gente los tenía. Esteban los ganó en un concurso hace dos años, cuando acaba de cumplir catorce. El "Hive" de misión espacial había lanzado un concurso para obtenerlos a aquel que lograra resolver algunos acertijos matemáticos que estaban regados por la RCDU (Red Cuántica de Conexión Universal). De verdad se había esforzado durante varios días

buscando pistas, cuando por fin lo logró pensó que era demasiado tarde, pero aun así decidió enviar sus soluciones. Lo que pasó durante las siguientes semanas todavía tiene al joven en un estado de incredulidad.

Resultó que nadie estaba ni cerca de encontrar la mitad de los acertijos en la RCDU, ya no hablemos de poderlo resolverlos. Los resultados de Esteban habían sorprendido hasta a los que diseñaron la prueba quien no tardaron en llamarlo para que se uniera a su "Hive": El Hive-S que se dedicaba a trazar una ruta para llegar a Marte con todo lo que eso implicaba.

En situaciones normales un chico de dieciséis años no entra a un Hive. Es una decisión que se debe tomar hasta dos años más tarde. En el momento en el que le hicieron la oferta, Esteban no lo pensó y dijo que sí inmediatamente, pero con el tiempo más y más dudas comenzaron asaltarlo. Había ocasiones en las que se sentía como un verdadero fraude, es cierto que había logrado resolver el acertijo antes que nadie, pero también era verdad que prácticamente había entrenado toda su vida para ello. Desde muy niño el abuelo lo retaba con acertijos muy similares que escondía por toda la casa mientras le dejaba pistas ocultas dentro de libros, objetos y hasta otros acertijos.

“¿Y si cuando llegue allá se dan cuenta de que no sirvo para nada? ¿Y si no puedo resolver más retos? ¿Y si soy más tonto que los demás y me expulsan por eso?”

Estas y más preguntas rondaban en su cabeza una y otra vez. A veces lograba cortar de tajo aquel flujo de interrogantes que provenía de un lugar recóndito y pesimista de su mente, pero siempre volvían a escurrirse con una insistencia mayor, mientras su primer día más se acercaba.

Esteban limpió una vez más su cabeza de aquellas necias interrogantes y se levantó de la cama para ir a desayunar.

En la mesa de la cocina ya lo esperaba el abuelo con una sonrisa radiante y un basto desayuno frente a él. Esteban se dirigió a la refrigerador y tocó la pantalla de dónde una voz robótica femenina lo saludó -Buen día Esteban, según mis datos necesitas comer más fibra, ¿Puedo recomendarte algunas frutas?- No gracias, solo leche por favor.- Como gustes.- Una pequeña compuerta se abrió segundos después, mostrando un vaso de leche.

Esteban tomó el vaso de leche y se dirigió a la mesa donde lo esperaba el abuelo con toda aquella comida. La verdad es que no tenía mucha hambre, pero sin duda no quería despreciar el esfuerzo de abuelo por mantenerlo bien alimentado.

¿Abuelo, como supiste que ibas por el camino correcto?- el abuelo le echó una larga mirada como si tratara de leerle el pensamiento -¿De la escuela te refieres?- Esteban asintió- Bueno, la verdad es que nunca me detuve a pensarlo. Verás, mi papá era ingeniero y su papá había sido ingeniero. La verdad es que nunca tuve mucho opción de elegir -El joven se quedó pensativo unos momentos y luego volvió con otra pregunta -Y si hubieras podido elegir ¿Hubieras escogido algo distinto? - El abuelo sonríe mientras su mirada se pierde tratando de recordar- -Bueno, la verdad es que no lo sé. Muchas de mis grandes alegrías me las dio mi profesión- Esteban no podía dejar de pensar en lo bueno que hubiera sido nacer en la época del abuelo y ser un ingeniero como él.

En la radio de transmisión digital un hombre hablaba sobre varios levantamientos armados en varios lugares debido a la escasez de agua que se vivía en la mayor parte del planeta. Normalmente el abuelo hubiera estado más interesado con lo que se escuchaba desde la radio, pero aquel día estaba más interesado en otra cosa -Preferiría escuchar mejor un poco de música jazz- La radio se silencio inmediatamente y unos instantes después comenzó una música suave. El abuelo había insistido en llevar a Esteban a la nueva institución a pesar de que él

había dicho varias veces que no era necesario. Sobre todo porque el abuelo insistía en manejar de forma "manual" el automóvil autónomo de la familia "No confío en los robots" solía decir el viejo de manera tajante mientras le ordenaba al auto sacar el volante de un compartimento especial en el tablero. Por lo general este dispositivo solo se encontraba en los modelos más antiguos de autos autónomos y solo lo usaban personas que, como el abuelo, aún se mostraban reacios a que el auto hiciera todo el trabajo.

¿Sabes que yo conocí a tu abuela en la universidad?- De hecho el muchacho sí lo sabía. Era una historia que al abuelo le gustaba contar una y otra vez y aunque la conocía de memoria. Siempre le gustaba escucharla. -La conocí justo el primer día de escuela, y mira que mi emoción más grande en la universidad era la de justamente no tener compromisos, pero desde el momento en que la vi ya no pude pensar en nada más- En ese momento el parabrisas del auto se oscureció mientras mostraba imágenes de lo que el viejo iba contando, por un momento el auto tomó el control mientras las imágenes pasaban, pero el abuelo exigió que lo dejara conducir mientras con una mano deslizaba hacia un lado las imágenes del parabrisas para que este volviera a ser transparente. Al abuelo le gustaba contar sus historias con un lujo de detalle impresionante, a muchos esto les parecería que solo alargaba las historias, pero para su nieto era lo más fascinante. Conocer cada detalle de aquella época en que el viejo tenía su edad lo maravillaba. Hablaba de salones, de grados, de carreras, de diplomas y

otras tantas cosas que para este día, pocos jóvenes entendían y aun menos les interesaba.

-¿Sabes algo? A mí también me dio mucho miedo- Dijo el abuelo mientras la boca de Esteban se iba abriendo de para en par por la sorpresa. Esa era una parte de la historia que nunca había escuchado -¿De la abuela?- El abuelo rió con una carcajada franca. -A veces, pero no me refería a eso- ¿Entonces a qué?- Como te he contado muchas veces (no creas que no me doy cuenta que cuento las mismas historias varias veces), yo fui a una Universidad y estudié ingeniería mecatrónica. En mi época era una ciencia que estaba tomando auge (no te rías) y parecía cada vez más necesaria. De hecho los primeros años lo fue. A principios de la segunda década del año dos mil era un mina de oro, en serio. Al menos para los que éramos buenos en ello. Nunca nos faltó trabajo. Después de unos años la cosa se puso aún mejor, las empresas nos buscaban cada vez más y otras profesiones cada vez menos. Los ingenieros de software, que pensaban que siempre serían necesarios, fueron remplazados por inteligencias artificiales. ¿Quién había sido el genio que inventó una inteligencia artificial que puede crear software. Ahora es un juego de niños, bien lo sabes, pero en su momento fueron muy respetados. No solo ellos, mucha gente se quedó sin trabajo. De pronto las inteligencias artificiales comenzaron a encargarse de cosas que antes parecía imposible que hiciera alguien además de los humanos. Los abogados, los cocineros, médicos, muchos estaban sin nada que hacer. Los que mantuvimos el trabajo en aquellos

días tuvimos que movernos rápido para seguir activos. Solo los que nos pudimos adaptar rápidamente pudimos mantener la vida que llevábamos antes. La gente se resistió mucho al cambio, pero con el tiempo las cosas se estabilizaron y se dieron cuenta que la IA era más bien ayuda para la humanidad. Si las IA estaban para encargarse de la mayor parte de las cosas y mantener las ciudades funcionando, entonces nosotros tendríamos la oportunidad de concentrarnos en resolver cosas que llevábamos cientos de años posponiendo. Fue entonces cuando se crearon los Hives, estos grupos multidisciplinarios que se dedican a resolver juntos los grandes retos de la humanidad. Uno de los primeros fue el de la contaminación, poco tiempo después el de resolver la energía, el agua, el del archivo histórico de la humanidad, cambio climático, salud, ciudades inteligentes y finalmente el de viaje espacial al que podrías pertenecer.

Esteban sabía la mayoría de esos datos porque pertenecían a la cultura universal, pero nunca había escuchado la versión de cómo había afectado al abuelo. Claro que aún le parecía estar muy lejos de él, después de todo seguía siendo uno de los mejores hombres del Hive de biotecnología. Su abuelo había sido del famoso grupo que de los que erradicaron la ceguera y esos eran unos zapatos demasiado grandes que llenar.

-Sé que tienes miedo, pero te prometo que todo va a salir bien. Solo ve a hacer lo que sabes- El abuelo puso una mano en el hombro de Esteban y por alguna razón que él no entendió ni el viejo alcanzó a notar, lo relajó y le dio fuerza para lo que seguía.

-No quiero interrumpir este bello momento nieto-hijo pero ya llegamos a las instalaciones de HIVE-S- Dijo Elon desde las micas de los lentes.

El abuelo y Esteban se despidieron con un abrazo y después de un largo suspiro por el fin el joven se decidió a bajar del auto.

Frente a él se alzaba un edificio de color blanco con al menos cincuenta metros de largo y lo que equivaldría a dos cuabras de largo. Esteban tomó valor y se acercó a la puerta, colocó su huella en el lector y las puertas corredizas se deslizaron para dejar paso a una serie de pasillos y escaleras. Esteban dio un paso tímido y una flecha de color azul se encendió en el piso mostrándole el camino. Siguió las flechas hasta una habitación en dónde se encontró con otros tres jóvenes igual de nerviosos. Esteban saludó tímidamente y se sentó en una de las cuatro únicas sillas que estaban reservadas para ellos.

-El edificio me está pidiendo autorización para acceder a nuestra red y conectarnos, Esteban. Me tomé la libertad de decir que sí ya que no encontré ninguna señal de peligro- Se escucho decir a Elon al oído de

Esteban. En ese momento la visión del muchacho cambió y de pronto, gracias los lentes de realidad aumentada, se encontraba en un salón aún más grande con al menos otros veinte jóvenes de distintos lugares. Mientras los escuchaba hablar, había un pequeño letrero en los lentes que anunciaba que estaba escuchando una traducción simultánea al español. Esteban volteó a ver a sus nuevos compañeros y en ese momento se sintió en casa.